

# Dionisios ¿moderno o postmoderno?

Sergio Aguilar-Álvarez\* y Héctor Zagal-Arreguín\*\*

## I. Introducción

Hace algunos meses, Octavio Paz externó su desacuerdo sobre el término "postmodernidad". Los medievales, añadió, no se sentían medievales. Luego, nosotros no podemos sabernos "postmodernos". Pero Paz olvidó el dicho Kaffiano: *la estructura de una casa sólo puede verse cuando amenaza ruina*. ¿Y no somos capaces ahora de hablar de la estructura de la modernidad? También olvidó Paz que los renacentistas, los ilustrados y los marxistas sí se sabían padres, que no hijos, de su tiempo. ¿Acaso nosotros no podemos ser padres de un nuevo tiempo?

Pero si no estamos de acuerdo con Paz en dicho punto, sí compartimos con él un cierto escepticismo sobre la erosionada temática postmoderna. El tema ha rodado de conferencia en conferencia, y se antoja que los universitarios se han cansado ya del juguete intelectual buscan ahora un nuevo deporte para sus mentes. Con todo, si bien es cierto que la inteligencia no está eximida de las frivolidades de las modas, es igualmente cierto que por debajo de la catarata de las palabras hay un fondo consistente: la modernidad está en crisis. Necesitamos con urgencia reconcebir nuestra *Weltanschauung* y, sobre todo, replantear el concepto -hasta ahora unilateral- del hombre.

## II. El proyecto moderno

La modernidad -con mayúscula si se es moderno-es definible a partir de tres constantes:

1) **La primacía del sujeto.** La modernidad es el descubrimiento del sujeto. Nótese que "sujeto" no es sinónimo de "persona" ni de "hombre." El hombre es por así decirlo un descubrimiento griego; la persona, un descubrimiento cristiano; en cambio, el sujeto es un invento moderno. Sujeto es una noción dialéctica: sujeto implica objeto. Sujeto y objeto son para los modernos realidades opuestas, tan irreconciliables entre sí, como mutuamente implicadas. La introducción del sujeto cimbra la realidad, porque es la introducción de una fisura, de una ruptura. El hombre moderno concibe dicotómicamente el ser, porque sujeto y mundo son -dicen- cosas distintas. La modernidad aísla al hombre al convertirlo en sujeto puro, autónomo y hermético: sólo puede conocerse la realidad desde el punto de vista subjetivo, a través de mis gafas. La verdad, por ende, no es la *adequatio rei et intellectus*, no es el humilde acoplarse al mundo. El alma -según los modernos- ya no es *en cierta medida todas las cosas*, como sí lo pensaba Aristóteles. El alma moderna es una mónada tan autárquica como vacía.

Quién sea el padre del subjetivismo moderno no es algo claro. Lo cierto es que a Descartes y Lutero suele atribuírseles tal paternidad. En el terreno filosófico, Descartes es considerado como el padre de la modernidad, pues su punto de partida es el *ego cogito*. ¡Qué lejos está Descartes de la naturaleza (a diferencia de los griegos y medievales) si, como afirman sus biógrafos, le bastó una mesa y una estufa entre cuatro paredes para hacer su filosofía! A su vez, Lutero es el iniciador de la modernidad religiosa y, en nuestra opinión, es él quien da origen a la idea de sujeto en la modernidad. El protestantismo es una religión de la subjetividad, caracterizada por la libre interpretación de las escrituras y una concepción de la verdad como interioridad.

\* Licenciado en Filosofía. Profesor ayudante de la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana (México). Coautor del libro *Los límites de la argumentación ética en Aristóteles*.

\*\* Doctor en Filosofía. Catedrático de Filosofía en la Universidad Panamericana. Autor del libro *Retórica, inducción y ciencia en Aristóteles*, y coautor de *Los límites de la argumentación ética en Aristóteles*.

Para Lutero, hombre de su época, influenciado por Huss, Wycliff y el humanismo, la verdad es fundamentalmente subjetividad. En la religión de Lutero cualquier exteriorización es un mal. Por ello, los sacramentos y el Magisterio son algo innoble. Lutero no puede aceptar que la acción de Dios se manifieste fuera del ámbito de la pura interioridad, y ¿qué es la liturgia sacramental y el Magisterio sino la acción de Dios en el mundo? Pero nadie puede encerrarse en sí mismo de manera absoluta; la exteriorización se convierte en un mal necesario para el hombre. Lo exterior es lo antinatural, es una alienación o una enajenación; este paso lo dará Hegel y, con él, Marx.

2) **El primado de la razón.** El ideal ilustrado es el ideal de la modernidad, expresado por Kant: ilustración es salir de la minoría de edad, superar esa incapacidad de valerse por la propia razón sin la ayuda de otros. Unida a la primacía del sujeto está la idea de la infinita fuerza de la razón. La pretensión de exactitud, consecuencia de la generalización del método matemático, acompaña a esta visión de la racionalidad humana, que pretende que todas las disciplinas se puedan traducir a códigos matemáticos. La modernidad funciona con un lenguaje binario y cuantitativo: las cosas son negras o blancas y-en todo caso- deben ser medibles. Lo que esté más allá es puro galimatías. Marx Weber se percató de esto cuando afirmó que modernidad consistía en el desencantamiento del mundo. La modernidad es una "purificación" necesaria, que deja atrás todo lo religioso, lo mítico, lo ilusorio y lo misterioso. El moderno tiene terror al misterio, porque no se resigna a perder el dominio racional del mundo. Más tarde, esta razón se convirtió en una razón meramente instrumental contrapuesta a la razón contemplativa. Este es el lema de Comte: *Savoir pour pouvoir*. La verdad dejó de ser la adecuación entre mente y realidad, para convertirse en *praxis*, en poderío, en dominio. La modernidad no contempla, transforma. La verdad no es la teoría (*theoria* viene de *theos*, Dios), sino pura terrenalidad.

3) **La idea de un progreso ilimitado.** El hombre armado con las solas fuerzas de su razón tiene una única posibilidad: progresar. Esta razón omnipotente estará acompañada de un progreso *ad infinitum*, que tiene su manifestación en la tecnología. La modernidad es -hasta cierto punto- una desacralización de la Providencia. La utopía moderna es un mesianismo secularizado, donde la diosa razón ha sustituido a Yahvé. El moderno intenta establecer-con la tecnología- un cielo nuevo y una tierra nueva.

### III. ¿El proyecto postmoderno?

La postmodernidad se presenta como reacción en contra de la modernidad, pero es una realidad multiforme y poliédrica, son muchas sus caras y muchos sus matices.

Discutir el estatuto de la postmodernidad no es nuestro propósito. Simplemente nos proponemos mostrar dos hechos: la crisis del proyecto moderno y la aparición de un movimiento pluriforme que lo denuncia. Aunque la postmodernidad aparece con una multiplicidad de caras, podemos decir que tiene una nota distintiva, a saber, está en contra del ideal moderno. Sin embargo, hay que distinguir dos maneras de enfrentar la crisis del proyecto ilustrado: la "postmodernidad como resistencia" y la "postmodernidad como decadencia" (distinción de Jesús Ballesteros, profesor de la Universidad de Valencia). La primera tiene un cariz positivo y no pretende destruir el pasado sino asimilarlo. Esto es, intenta asumir los límites de la modernidad y a partir de la crítica proponer planteamientos constructivos. Escapa así al carácter crítico, esencialmente moderno. La postmodernidad como decadencia, en cambio, es de carácter negativo y se constituye como una simple reacción crítica a la modernidad. En este sentido es -paradójicamente- moderna.

### IV. Crisis del proyecto de la modernidad

La crisis del proyecto moderno es un hecho que se manifiesta en otros hechos: las actitudes postmodernas. En este primer análisis pretendemos mostrar la existencia de una crisis por medio de la denuncia que representan las actitudes postmodernas.

La idea del progreso ilimitado se vuelve contra sí. El mundo que era rico almacén de materias primas para el hombre se ha convertido en un enorme basurero. El *ecologismo*, como actitud natural del hombre que se preocupa por el cuidado de la naturaleza, cuestiona la idea de progreso y lo enfrenta con los "monstruos" que ha creado. Por su parte, el *pacifismo* es una reacción contra el armamentismo, que no es sino una mortal paradoja de la razón instrumental: gracias a la tecnología, pensada originalmente para servir al hombre, podemos ahora exterminarnos en unos minutos. Ecologismo y pacifismo cuestionan el pretendido carácter autónomo de la razón instrumental.

El primado de la razón instrumental se tambalea cuando la naturaleza exige su dignidad. El mundo que se pretendía transformar se queja, pues no era un artefacto. A los instrumentos el hombre les da sus fines y de acuerdo a ellos los utiliza; la naturaleza no es una máquina y ahora reclama sus fines propios. La razón instrumental es mecanicista y, por tanto, está incapacitada para comprender lo orgánico y lo espiritual. Privilegiar la razón instrumental nos ha llevado a efectos perversos y no sólo eso, sino que tampoco es suficiente para explicar el sentido del hombre y de la vida. La razón moderna ha encontrado límites que no tenía contemplados. El ideal de exactitud impide conocer la realidad en toda su riqueza y deviene despotismo y

dominio de la razón: si la realidad no es como yo quiero, peor para la realidad.

Ante este totalitarismo surgen los **nacionalismos**. El hombre lucha contra la despersonalización y la uniformidad sintética impuestas por la razón instrumental y pragmática. Los nacionalismos reivindican los valores locales y se resisten a una globalización tanto de mercado como de pensamiento. En este intento, la postmodernidad quiere rescatar el valor de la vida y de las personas en todas sus facetas.

Por otra parte, en el ambiente social se extrañan los valores prototípicos de la mujer como la ternura, el detalle, el equilibrio y la armonía, entre otros. Emerge así el **feminismo** como actitud postmoderna, una reivindicación de la mujer como mujer, no como un pseudo-varón.

En definitiva, la primacía del sujeto ha degenerado en **escepticismo**. El hombre ha tenido que dejar de creer en mitos y misterios para desencantarse del mundo. Y al desencantar al mundo se ha perdido a sí mismo. El hombre ya no cree en el hombre. Ante esto, la postmodernidad se ha dado a la tarea de rescatar el misterio, el subconsciente y la imaginación.

Esto es, a grandes rasgos, la crisis de la modernidad y la aparición de lo que se ha llamado postmodernidad. Pero estas actitudes se han extrapolado, se han hecho totalitarias y puramente críticas como la modernidad. La postmodernidad deconstructivista ha terminado en el eterno retorno de lo mismo y se ha vuelto un modernísimo epílogo de la modernidad.

## V. Nietzsche, maestro de la postmodernidad

El gran maestro de la postmodernidad como decadencia es Nietzsche, quien al hacer una apología de lo dionisiaco marca la pauta a seguir por los postestructuralistas, principales representantes de la actitud decadente. Nietzsche es el detractor de la razón encarnada en Sócrates y de la trascendencia encarnada en Cristo. La voluntad de poder, la transmutación de todos los valores, la exaltación de pasiones, el nihilismo activo, así habló Zarathustra al despertar del sueño de la razón y descubrir al superhombre...

Para Nietzsche todo es ilusión: la moral, el conocimiento y el arte. Pero este último se aleja de los dos anteriores, pues sólo el arte sabe que no es más que ilusión. El arte surge de lo que Nietzsche llama los *insitos artísticos de la naturaleza*: lo apolíneo y lo dionisiaco. Los únicos juicios que admite el arte son los estéticos, en los que no caben consideraciones de carácter moral o social. La realidad es exclusivamente aquello que es artísticamente significativo en más alto grado.

Apolo y Dionisios son los dioses capitales porque representan las dos potencias del hombre, la racional y la "mística". Apolo es el dios de la luz, de las formas que dan límites a las cosas y las hacen aparecer como individuos distintos de los demás. Apolo con sus leyes armónicas es la fuerza ordenadora del mundo, es el principio de serenidad, orden y medida. Apolo es el dios de la verdad. Frente a Apolo surge Dionisios, dios de la embriaguez, de la fiesta y del entusiasmo sin medida. Dionisios es estrepitoso, bullicioso y delirante. Él es el dios del vino y la sobreabundancia de la vida. Dionisios es la desmesura entera de la naturaleza, él es todo lo que brota y prolifera. Dionisios es el dios del éxtasis.

La fuente del arte son los principios de lo apolíneo y lo dionisiaco, *pero Dionisios es la primera y la última palabra de Nietzsche*. El mundo apolíneo de la belleza surge como remedio contra el horror real de la existencia. Ante el sufrimiento de la vida, por un lado, Apolo redime el dolor por la belleza, con sus conceptos de medida y serenidad; por otro lado, surge Dionisios con la pasión, la euforia y la danza, embriaguez extrema que conduce al éxtasis. Frente al artista apolíneo que dirige su anhelo a la forma, la estética dionisiaca exalta la actividad, una actividad común a todas las cosas y en la que se funde. La ética se ha transfigurado en estética. En este momento *el ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte*.

Mientras que lo apolíneo aparta de la realidad por medio del sueño, la embriaguez dionisiaca se acerca a ella, la afirma a través de sensaciones físicas inmediatas; ésta es la experiencia más real. El sujeto al fusionarse con la esencia última se transfigura y olvida toda noción de identidad, de individualidad. Es esta realidad transfigurada la que crea nuevos símbolos y un nuevo lenguaje, sólo comprensibles para el espíritu dionisiaco, para el *iniciado*. Hasta aquí Nietzsche.

## VI. La postmodernidad como decadencia

La postmodernidad como decadencia enfrenta la crisis de la modernidad con pesimismo; retoma y lleva a sus extremos las palabras del maestro Zarathustra.

Herbert Marcuse afirmó que el valor más importante de la persona es la satisfacción de sus tendencias. La visión del hombre debe ser dionisiaca y la debilidad es el autodomínio o control de sus instintos. Marcuse es franco y propone la reerotización del cuerpo. No cabe el sueño de una trascendencia; el hombre es perenne e inmanente; por ello debe exprimir lo que tiene en este reducido mundo y en el instante que le tocó vivir. No debemos transformar la naturaleza, sino sacarle partido, es decir, disfrutarla como viene. La única restricción es no tener represión alguna.

Nietzsche afirmó: *Dios ha muerto*. Foucault, maestro de los postestructuralistas y precursor de la postmodernidad como decadencia, dijo parafraseando a Nietzsche: *El hombre ha muerto*. La postmodernidad ha destruido la última estructura substancial, el último resquicio de racionalidad posible. Derridá, Deleuze y Lyotard continúan. No hay textos sino contextos; nada significa sin el contexto (hermenéutica universal); no hay verdad sino interpretación, y no hay totalidad ni estructuras coherentes. Quedan derrumbados todos los sueños de la razón.

Váttimo es el defensor del *pensiero debole*. El pensamiento débil se opone a cualquier pensamiento duro que implique verdad o sistema. Ninguna ciencia queda a salvo. La razón calculadora es sustituida por la razón metafórica o, como se podía leer en un grafiti del mayo parisino del 68, *La imaginación al poder*. Los aforismos nietzscheanos han triunfado sobre la razón ilustrada.

Dionisios pide al hombre que rompa con todas las barreras, que acabe con la verdad de Apolo. Así la postmodernidad reivindica la magia, lo diferente, lo irracional. Dionisios desprecia lo objetivo, lo absoluto y lo lógico.

La postmodernidad como decadencia es, en resumen, **nihilista**. Paz dice sobre el nihilismo que *es la incapacidad para creer y afirmar algo, una falla espiritual más que una filosofía. El verdadero nihilista está condenado a dar vueltas, hablando con sus fantasmas. Su mal es una continua insatisfacción, un no poder amar a nadie ni a nada, una agitación sin objeto, un disgusto ante sí mismo.*

#### **VII. Manifestaciones de la postmodernidad como decadencia**

El ecologismo es llevado al extremo y pasa de ser una actitud natural a ser una visión idolátrica de la naturaleza. Este ecologismo desprecia la dignidad del hombre como ser superior y lo convierte en una pieza más de las relaciones cósmicas. El hombre debe plegarse a las necesidades del cosmos y, si es necesario para la salvación del mundo, debe limitar su propia vida. El feminismo pretende una igualdad entre hombre y mujer. Este tipo de feminismo pretende subsumir la alteridad femenina en el mundo masculino. Así, la recuperación de la dignidad de la mujer se alcanzaría cuando ésta dejara de ser femenina. El pacifismo acaba con el espíritu del hombre al negarle toda posibilidad de valores. Todo depende del momento y no hay que luchar por nada, antes cambio mi modo de pensar que ganarme cualquier conflicto (*better red than dead*). No hay metas ni valores por los que valga la pena luchar. Finalmente, los nacionalismos derivan en un relativismo. Ante los valores de cada uno no hay nada que pudiera considerarse clásico. La sociedad actual se cree en el mundo de la opinión. El nacionalismo negativo es exclusivo y excluyente, pues sublima sus propios valores negando los de los demás.

Dionisios ha triunfado sobre Apolo. La embriaguez ha roto el principio de individuación y el hombre se ha olvidado de sí mismo. En la orgía dionisiaca se ha logrado *el aniquilamiento de la individuación, la unidad del genio en la especie, más aún, de la naturaleza*. Sólo queda preguntarnos si la postmodernidad no es simplemente una modernidad más moderna, sencillamente, el juego de la historia.